

LA IDEA

SEMANARIO REPUBLICANO SE PUBLICA LOS SABADOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Sixto Ramón Parro (Tripería), 27, teléf. 133

Toda la correspondencia se dirigirá á la Administración.
Los originales que se remitan estarán firmados y no se devolverán.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En Toledo, un trimestre.....	1,00 pesetas.
Provincias, id.....	1,50
Número suelto.....	0,10

Anuncios y comunicados á precios convencionales
Pago adelantado.

EL CATALANISMO

El viaje del Sr. Dato á Cataluña podrá ser un acto de gobierno más ó menos acertado, pero servirá, indudablemente, para que se enteren, hasta los menos despiertos, de la importancia que tiene el conflicto provocado por las provincias catalanas.

¿Quién será capaz de sostener por más tiempo que el catalanismo es obra de *cuatro locos* encerrados en la población de Barcelona?

No. El regionalismo catalán en sus diversas formas (autonomismo, separatismo, anexionismo, etc.) es la última manifestación de una tendencia social que desde hace larga fecha viene incubándose, alimentada, en parte, por los antecedentes históricos y el carácter especial de la región catalana; pero también favorecida por los desaciertos de nuestra política.

En un principio, el espíritu catalanista sólo animaba á una pequeña familia de escritores que, á imitación de lo hecho por Mistral en Francia resucitando la literatura provenzal, intentaba infundir nueva vida á la literatura catalana. Pero los gobiernos españoles, reaccionarios siempre, convirtieron, con sus medidas represivas, lo que era legítima manifestación de amor á las tradiciones regionales, en semillero de discordias, de rivalidades y de odios.

De este modo, la literatura catalana que, á principios de siglo, había enriquecido la historia nacional con nombres como los de Capmany, Balmes, Aribau, Pastor, Milá, etc., llegó á convertirse en instrumento de malas pasiones en manos de escritores de segunda fila que, como Seraff Pitarrá, debieron la popularidad que alcanzaron á sus invectivas contra los castellanos.

Hoy es un hecho la separación literaria de Cataluña y el resto de España y se acentúa cada vez más en esa parte de la Península, el deseo de alcanzar una independencia completa.

Ante esta situación tan triste, ¿cuáles son las inspiraciones que el país recibe de las sibilas de la política?

Hartos estamos ya de oír entonar elegías á las desgracias nacionales; sobrado está el país de personajes lúgubres en cuyas palabras parece que alienta todavía el espíritu pesimista de Cánovas del Castillo.

¿Cómo pueden pretender nuestros Ministros que les reciban con aplausos, que toleren siquiera su presencia las regiones más vigorosas y activas de España? ¿A qué van á ellas? A invitarles á llorar como mujeres las desdichas de todos ó á arrancarles la promesa de que se someterán al yugo común para que el gobierno les conduzca como víctimas propiciatorias al altar del sacrificio?

Por fortuna, en Cataluña, como en todas las regiones de España, hay un pueblo que trabaja con fe en el porvenir y que mira con desdén á los políticos.

Y esa es la mejor garantía de la feliz solución del problema regionalista.

PUEBLO Y EJÉRCITO

Un acto cuyo génesis ignoramos; una poesía cuya letra desconocemos, ha servido de base á un hecho, cuya resonancia tiene en violenta tensión el ánimo de militares y paisanos españoles.

En Játiva, en aquella hermosa población de Levante cuyo suelo pródigo, crea incesante frutos deliciosos, hombres de ánimo esforzado y espíritu trabajador y mujeres que son una maravillosa revelación del inmen-

so poder estético de la naturaleza, un pequeño chispazo, una diminuta cuestión (tal vez de índole más bien particularísima que generalizadora, por parte del ofensor), ha podido revestir las aterradoras proporciones de un espantoso incendio nacional.

No descendamos al detalle del asunto; fijemos nuestra mirada en su fondo, pues teniendo serenidad de juicio, aún es posible ver á través de las turbulentas aguas del tempestuoso y revuelto mar de nuestra patria.

Hambre y sed de justicia siente el pueblo: hambre y sed de justicia siente el ejército. Míranse ambos y debiéndose enlazar presurosos en un fraternal abrazo, recelan mutuamente en virtud de una fuerza desconocida que los separa. ¿Qué misteriosa energía es esa, que hipócrita y traidora envenena con odios y desconfianzas el alma sana de los elementos civiles y militares? ¿Quién la alienta, quién la propaga?

Observemos atenta y desapasionadamente nuestro momento actual y encontraremos explicada de una manera clara y concreta, la causa productora de tan violenta situación.

Poco más de dos años hace que el pueblo no tan sólo daba sus hijos para la guerra, sino que todo él envuelto en unánime entusiasmo, quería desbordarse hacia el mar, poniendo los ojos de su fe y la confianza de su espíritu, en los jefes y oficiales de nuestro ejército, de los que no dudaba habían de conducirle, sino al triunfo indudable, á un glorioso y épico sacrificio.

El pueblo amaba al ejército: en él pensaba, en él creía tener un fiel guardador de su honra.

El ejército á su vez, ansiaba demostrar con actos en los cuales hubiera de entregar su vida en holocausto á la Patria, que aquella confianza y fe ciegas de la nación, estaban en él mercedamente depositadas.

Impaciente por batirse, aguardaba el instante en que poder evidenciar á esta su querida España, que nadie osaría ofenderla sin sentir en el acto abofeteado el rostro. Dignos hijos de esta hidalga tierra, veían en ella la imagen inmaculada de su madre común y esperaban anhelosos el momento de morir por su honor.

Sucedió lo que todos conocemos, por desgracia.

Nuestro ejército fué dolorosamente sorprendido por una paz que no esperaba. Repatriado, protestó en el fondo de su conciencia de aquella bochornosa terminación de una guerra casi no comenzada. Algún jefe, hubo de hacer su protesta pública, al desembarcar en nuestras costas.

La Nación, á su vez, tampoco se explicaba aquel trágico final de la guerra, más trágico por lo humillante que por lo terrible de sus comienzos, á pesar de haber sido éstos espantosos.

Quiso el ejército depurar hechos y empezó por él mismo. Funcionaron tribunales de honor; fueron amputados de ese robusto organismo miembros podridos: mas al llegar pueblo y ejército á exigir más graves responsabilidades; al tratar de penetrar en la verdad absoluta de todo lo ocurrido, los altos personajes, los eternos directores, echaron un tupido velo sobre la luz que se iba haciendo, arrojaron sombras é interpusieron opacidades sobre aquella claridad.

¡Bien sabían ellos que aquella luz había de bañar el espíritu público y presentarle el crimen y sus autores en toda su desnudez!

Procuraron, pues, dejar en el misterio el nombre de los traidores: á la información sucedió el secreto: á la luz las tinieblas.

El pueblo vuelve los ojos á la realidad; quiere ver y

se encuentra con que le han puesto enfrente el ejército, así como éste, al buscar la causa del enigma, no halla sino la mirada del pueblo.

Revuélvense airados, y siendo hermanos se sienten empujados al fratricidio.... ¡Deteneos!

¡Pueblo y ejército engañados! Buscad el mal en donde radica: llevad el hacha á las raíces podridas y la secura á las ramas enfermas, y una vez que hayáis acabado la imprescindible operación, estrechaos y veréis cómo laten al unísono vuestros corazones, cómo concuerdan vuestros pensamientos y con qué majestad se eleva, hasta el cenit, el sol de vuestros nobles y purísimos ideales.

LA RELIGIÓN DE JESÚS

No son, no, los que practican la religión del bien, la religión de Jesús, aquéllos que mucho rezan, ó los que constantemente se atormentan con fuertes golpes de pecho.

No son, no, los que practican la religión de Cristo, aquéllos que, para ensalzar sus ideas que tienden á ensalzarse á ellos mismos, vituperan ó injurian, desprecian ó calumnian, ofenden ó escarnecen á los que no profesan sus propias ideas, á los que no comulgan en su propio partido, á los que no están siempre con la vela en la procesión, al brazo el rosario, el escapulario al cuello, ó en la mano el devocionario.

No son, no, los que practican la religión del Señor, la religión del bien, la religión verdadera, los que tienen por hogar el templo, por tormento el paseo, por caridad la explotación del pobre ó el desprecio hacia el ignorante, el odio para el débil y el abandono para el pordiosero.

No, esos no pueden ser religiosos, por mucho que recen; esos no pueden ser cristianos por muchas genuflexiones que hagan; esos no pueden aparecer como continuadores de aquella hermosa doctrina predicada en la Montaña, en los lagos de Galilea y en las sinagogas de Jerusalén, y que, dando ejemplo á los que sólo por el nombre conocen lo que representa la palabra sacrificio, quiso ser el primero en subir al Gólgota, para redimir al culpable y enseñarnos con su estoica humillación el camino del sufrimiento.

Se ha dicho en periódicos y folletos y repetido desde la Cátedra del Espíritu Santo, que los republicanos no somos religiosos, ó que somos indiferentes en materias de Religión, por el solo hecho de no ir todos los días festivos al templo, y no vérsenos acompañando al Rosario de la Aurora, á las religiosas procesiones provistos de nuestra correspondiente vela.

Pero á tal acusación, nosotros preguntamos: ¿consiste la Religión Cristiana en ir al templo con el *sano propósito*, como suele ocurrir muchas veces, de interrumpir la oración con la inquietud y charla, para que pierda la devoción el fiel creyente?

Y cuando estás en ese sagrado sitio, ¿consultáis vuestra conciencia, para ver si os guió hasta él la idea de suplicar á Dios, ó la intención de ofender al prójimo? ¿Tenéis el pensamiento de mostraros agradecidos al Hacedor, ó el deseo de aparecer como buenos exteriormente, aunque seáis en el fondo «unos sepulcros blanqueados?»

Si es lo primero, no creáis practicar de tal manera la religión del bien, la religión de Jesús; si es lo segundo, considerad como un escarnio el que se os llame cristianos.

La Religión Cristiana, la practican aquéllos que se